

ro el desgraciado Luis era esclavo de su corte; y los cortesanos, que vivían del desorden, no podían sufrir el orden que se les venía á proponer. La reina que había visto á Turgot suprimir los empleos inútiles y cerrar á sus favoritos el tesoro del Estado, esa indigna hija de María Teresa, dedujo que el esclarecido reformador era un mal ministro, y consiguió separarle del poder, lo mismo que á sus dignos sucesores Malesherbes y Necker; mas el pueblo que vió en el criminal letargo de su débil rey, en la osada altanería de la reina, de la *Austriaca*, y en las costumbres deshonestas de los cortesanos un mal inveterado que ni sus consejos, ni sus ruegos ni sus amenazas habían podido remediar, el pueblo en fin se decidió á hacerse justicia por sí mismo: la toma de la Bastilla fué resuelta; y al día siguiente estaba ya demolida!

La caída súbita y violenta de aquel formidable fuerte, de aquel calabozo lúgubre de hierro, resto amenazador del viejo edificio gótico, resonó en toda la Europa; todos los tronos se estremecieron, y los pueblos todos saludaron con entusiasmo el glorioso estandarte de la libertad, que tremolaba sobre las Tullerías. Pero la Europa, deteniéndose con Voltaire y Montesquieu, no osó pasar adelante; solo Rousseau y la Francia.....

Permítaseme, sensible y pacífico, no me detenga á contar ni las cruentas glorias de aquel pueblo que solo y en un momento venció á quince reyes; ni los trofeos casi fabulosos de aquel Gigante de las Pirámides que cambió y renovó á su antojo quince tronos. Mi objeto en la historia política se limita á indicar la marcha progresiva é incesante á la perfectibilidad de las instituciones sociales.

El siglo XVIII, glorioso del doble triunfo de la libertad, rico de numerosos descubrimientos, y superior en fin á todos los siglos que le precedieron en cuantos elementos concurren al engrandecimiento de los pueblos, precipitó el progreso universal á un porvenir ya no distante en que se deben recoger con abundancia los ricos frutos del árbol de la fraternidad.

### SIGLO XIX.

El hombre, ese sér privilegiado, cuya audaz imaginación ha penetrado con la antorcha del saber en el seno de la tierra, y en los abismos del oceano, y en la profundidad del firmamento, sometiéndolo todo á su imperio, se ha cubierto de confusión y mil veces tropezado ante el doble principio moral y físico de su propia naturaleza. ¡Oh misterio! ¡el que todo lo sabe, no se comprende á sí mismo! Los chinos, de carácter frío y positivo, no vieron en el hombre mas que un animal superiormente organizado, cuyo mérito estriba en la ciencia de evitar el dolor.

Los indios y los egipcios, de espíritu exaltado, supersticioso y contemplativo, consideraban el cuerpo como un tirano vicioso y cruel que los tenía encadenados haciéndoles perder su primitivo comercio con los genios; y le castigaban con ayunos y laceraciones por el mal que no había hecho ni á su alma ni á sus dioses; cual aquel Xerxes que mandó azotar al Ponto Euxino por haberse caído un puente que su ingeniero no había sabido dirigir.

Los griegos, de carácter vivo y festivo, pero inconstantes y frívolos, se extraviaron en las regiones elevadas y obscuras de la metafísica de Platon que creía tener tres almas, racional, irascible, concupiscible; dieron muerte á la primera con Epicuro, y despues á las dos otras con el cínico Zenon, que dudaba de la existencia de la materia.

Los romanos, que no inventaron nada en filosofía, adoptaron uno tras otro todos los sistemas de la Grecia, modificándolos en el crisol de la política con reformas de circunstancia; de suerte que, como Marco Aurelio viera que Roma se perdía, víctima de las malas costumbres, intentó restablecer el edificio social sobre las ruinas de los sentidos; y el estoicismo, acreditado por la virtud y el saber de aquel ilustre Emperador, atravesó la Edad Media, envuelta en el acto primero de un cuerpo orgánico de Aristóteles.

Descartes, jefe de conjurados contra la antigua y despótica autoridad de la *escolástica*, negó á los sentidos el origen de las ideas, interrumpiendo todo concierto entre la materia y el espíritu con sus *ideas innatas*.

Leybnitz le sucedió en el desierto de las abstracciones; mas, ni en su *razon suficiente* ni en sus *monadas*, especie de espejo representativo del universo, veo solucion alguna del problema enigmático sobre la doble esencia de nuestra naturaleza.

Locke y Condillac empuñaron á su turno el timon sin brújula de la sicología; pero dominados por un decidido amor al continente, navegaron tan cerca de las costas, que ninguna relacion establecieron entre los dos mundos moral y físico, contentándose con el cultivo del segundo.

Kant fijó las primeras comunicaciones por medio de la razon práctica; mas, como en su *critica de la razon pura* afirma que la ciencia del hombre está exclusivamente limitada al dominio de las percepciones sensibles, es decir, que el entendimiento humano no puede pretender marchar mas allá de los hechos de conciencia é intuicion, parece deprimir la realidad misma de los objetos, lo mismo que Ficht al sentar que estos no pueden ser conocidos sino en la relacion que tienen *con el mí*.

Y en fin, Schellin reivindica los derechos de la creacion, instituyendo una filosofia natural entre las doctrinas materialistas de la sensacion y el espiritualismo. El principio universal, dice, duerme en la piedra, trepa en la yerba, sueña en el animal, y se despierta en el hombre. Pero ese principio universal que en todas partes y siempre es el mismo en diferentes estados, esa identidad, esa alma puramente sensitiva que desde los elementos de la materia hasta el hombre hace de las variedades y de las especies todas de la naturaleza una grande escala por la que asciende en perfeccion de uno á otro grado, es el correo del alma racional, que le transmite las ideas directas ó el conocimiento del mundo corpóreo.

Y así, compuesto de dos substancias diferentes, pero unidas entre sí y necesarias la una á la otra para el des-

sempeño de la mision que en este mundo se sirvió asignarme el Ordenador del universo, por la primera soy hijo de la naturaleza, y por la segunda ciudadano del cielo, á donde espero volver cuando haya cumplido con mis encargos en mi tránsito por la vida. Pero como uno de estos, el principal, y el mas grato á mi corazon, consiste en ayudar á mis semejantes en el desempeño de su propia é idéntica mision, torno á la obra de los siglos, al progreso universal que me complazco en presentarles como un estímulo para obrar el bien, en vista de los hombres sabios y sensibles que han merecido bien de la humanidad.

Lo mismo que Schellin en filosofia, Goethe hizo la gloria artística y literaria del primer tercio del siglo XIX. Pintor, grabador, jurista, escritor fácil y correcto en siete idiomas diferentes, abrazaba en un vasto conjunto todos los conocimientos de la Enciclopedia; pero en nada fué tan admirable como en la poesia dramática: su Fausto, poema rico en romances y cantinelas populares, en himnos religiosos y en coros en que recorre todos los tonos de la poesia desde sus mas sencillos y naturales acentos hasta sus mas sublimes inspiraciones, llevó la literatura alemana á un grado de perfeccion hasta entonces nunca visto.

Entre tanto, aquel Napoleon, que por espacio de veinte años llenó él solo todo el mundo, agitaba la Europa entorpecida aun por el último letargo del Feudalismo, re-, volviendo los pueblos unos con otros desde Moscou hasta Lisboa. En sus lejanas y numerosas campañas dejaba tras de sí puentes sobre los mas anchos rios, caminos reales al través de las montañas, por donde circuláran con velocidad las relaciones internacionales, las ideas, los usos y costumbres de la civilizacion. Reformó todas las constituciones políticas, y abrió una nueva era, comunicándole su genio emprendedor y su poder irresistible de voluntad y de vida. Hasta sus mismos errores fueron útiles, porque, cuando él se retiró de la libertad, su patria se retiró de él, y el mundo aprendió de Santa Elena cuan imposible es el despotismo en nuestro siglo.

El cañon de Austerlitz resonó en la playa occidental del oceano, anunciando á la mas rica mitad del Nuevo Mundo que sus amos, humillados á su vez é impotentes bajo los pies del Coloso de las batallas, no podian ya oponerse á su libertad: y los pueblos despiertan; y los vireyes, abandonados y perseguidos, sueltan la ignominiosa cadena de tres siglos, y se tiran á sus naos.

La independencía, la soberanía del pueblo es igualmente proclamada en México. Mas, ¡oh mexicanos! ninguna fraccion del pueblo puede ejercer la soberanía sobre el pueblo entero. ¡Dichosos, si no olvidais que vuestras antiguas libertades espiraron con un grande héroe, no sobre un lecho de rosas, sino sobre una parrilla hecha ascuas, por haberse rebelado contra sus veinte millones de conciudadanos los desdichados aztecas! ¡Dichosos si no olvidais que la resistencia armada á las leyes de la sociedad es un crimen que apenas podrán expiar cuarenta y un años de públicas calamidades!

Este recuerdo, tan penoso á mi corazon, no afligiria la sensibilidad de mi lector, si yo no escribiera en el mismo teatro de los hechos que lo han producido; pero aquí puede ser saludable. ¡Y de qué sacrificio no seria yo capaz á favor de la sociedad, digna de mejor suerte, en que tengo el honor y el placer de residir?

Mas, vuélvome á mi punto de partida; y aquí, solo el poderoso genio de Víctor Hugo, la pluma animada de Chateaubriand y la dulce armonía de Lamartine pudieran expresar todo el placer que me causa ver ondear de uno á otro polo el estandarte glorioso de la libertad. Ayer, veinte pueblos eran colonos, eran esclavos; y hoy, ¡todos son libres, todos ciudadanos!

Sí, el siglo XIX es el siglo de la humanidad; y su carácter distintivo, la constante aplicacion de todas las verdades científicas á las necesidades y goces de la vida.

Las brocas de los hilados dan, movidas por el vapor, ocho mil vueltas por minuto; y seiscientos millones de hombres no pudieran operar las obras que confeccionan en Inglaterra sus poderosas máquinas.

El vapor seca los pantanos, desagua pozos y minas, hace brotar fuentes, da direccion á los rios, distribuye el agua segun nuestra voluntad y placer, y domina los montes, los mares y los vientos, acortando las distancias.

El pensamiento, llevado por la electricidad, vuela y torna en un instante con el dulce afecto de un amigo, de un hermano, de quien me separa toda la vasta y cruel extension del oceano.

¿Y quién afirmar aun osará que la antigüedad *es un oráculo que todo lo supo, y que sin consultarla nada se puede saber?*

La historia, continuidad de acontecimientos que enlazan unas á otras las generaciones, hace de los siglos como una escala por donde asciende la vida moral de la sociedad sobre la muerte física de sus individuos. En ella he visto la civilizacion elevarse y aumentar por grados su patrimonio de ciencias útiles, haciendo prevalecer el espíritu, la razon y la justicia; he visto al pueblo, esclavo en las masas silenciosas de la antigüedad y siervo en la Edad Media, emanciparse en fin y delinear los primeros contornos de la República Universal en sus ricos dominios del siglo XIX, antecámara de la verdad.

Luego que los señores feudales tuvieron que cambiar la arrogancia de su harnés por el visage compuesto y estudiado del cortesano; luego que los síndicos de gremios, los priores y los obispos, que osaron condenar de herética la proposicion del buen papa Pascual II sobre que la iglesia abandonase todos sus bienes y volviere al estado que tenia en sus primitivos tiempos, pobre, plebeya y asociada á los sufrimientos del pueblo, se vieron de nuevo encaminados al santuario, y pudieron una vez mas con ejemplos de humildad persuadir y propagar la verdad augusta de nuestra santa religion, el pueblo y el trono disolvieron su alianza: cada uno quiso recojer los frutos de su doble victoria, alegando airosos sus respectivos derechos, el uno la razon de la fuerza, y el otro la fuerza de la razon.

El trono olvida que el poder no le ha sido ampliamente

te concedido sino para vencer mas fácilmente al enemigo comun, y arrogante da principio á la discusion con la asonada audáz de *el Estado soy yo*.—El pueblo responde que el Estado es un cuerpo de asociados que viven bajo una ley comun expresada libre y solemnemente por la voluntad de los gobernados, no pudiendo mandar mas que lo justo y útil á la sociedad, ni prohibir mas que aquello que le es nocivo.—El trono replica: imágen de Dios sobre la tierra, los hombres deben obedecerme, haciendo en todo mi voluntad.—Mas el pueblo: no hay imágen de Dios sobre la tierra mas que la virtud; los cimientos del trono son osamentos humanos, víctimas de las querellas de los reyes, de esos rebeldes á la santa igualdad pronunciada por el cielo en el Cenáculo; el pueblo abraza todo lo que forma una nacion, y todo lo que no es él es extranjero á la nacion, cual el trono, los privilegios de nacimiento y toda clase de fueros; todos los elementos de la sociedad emanan del pueblo: la industria, es decir, la utilidad; las leyes, es decir, la justicia; las artes, es decir, lo bello y agradable; la religion de los humildes *pescadores*, es decir, la santidad; la filosofia, juez severo del despotismo, es decir, la verdad.

¿Qué le falta al pueblo para completar una nacion? ¡Dichosa ella si fuera todo pueblo! Y tú, oh rey, mira si puedes formar tú solo el Estado; si no lo puedes, si no eres mas que huésped en él, ¿por qué le quieres tiranizar?

El trono vaciló un momento bajo el peso de este apóstrofe; pero, llamando en su auxilio á toda su dinastia, alegó el derecho de conquista, el derecho hereditario de la corona, por el consentimiento de los pueblos en ser gobernados por sus antepasados. Pero el pueblo contestó que ninguna generacion puede sujetar á sus leyes ni costumbres á las generaciones venideras, puesto que las instituciones de los hombres, cuyo objeto consiste en asegurar á cada uno el pleno goce de sus derechos por la accion simultánea de todos, deben variar conforme á las nuevas necesidades, gustos y placeres que suelen emanar de la sucesion no interrumpida de descubrimientos

en las ciencias físicas, políticas y morales; que la administracion pública no debe ser considerada como derecho hereditario, distincion ni recompensa, sino como un deber, un cargo desempeñado por la virtud y el talento; y que si los fueros, las distinciones y la facultad de mandar vienen del pretendido derecho de conquista, son nulos actualmente esos títulos; porque el pueblo, el conquistado es ya bastante fuerte para rechazar á sus conquistadores, y los debe arrojar á sus selvas germánicas y á sus naos.

Los príncipes no suelen complacerse en el campo de la discusion franca y leal, y el trono dió fin á ella con la bota que Cários XII mandó á los suecos para gobernarlos, con el bloqueo de Boston y el destierro de Necker; y el pueblo contestó con la capitulacion de Saratoga, la toma de la Bastilla y el grito glorioso de Dolores.

Enhorabuena que la libertad no sea el atributo exclusivo de un nombre, y que Sylla, Mario y Catilina hayan abusado del triunfo del pueblo sobre el trono: la ignorancia y el pleno goce de los derechos del hombre son incompatibles, y no habia entonces las luces de hoy dia. Pero á mi turno, ¿quién podrá negar que la obediencia pasiva al hombre que nos manda su voluntad constituye la servidumbre; y que el obedecer las leyes que una nacion se dá, es obedecerse á sí misma, es hacer su voluntad, es ser libre? Sin duda, el gobierno constitucional, electivo y representativo posee él solo la libertad, es decir, la garantía para todo ciudadano de no verse obligado á hacer lo que no mandan las justas leyes, y de no depender mas que de sus deberes.

Por otra parte, esta dependencia debe ser mas constante, mas cumplida en una República, porque la igualdad, su carácter distintivo, es el derecho que todo ciudadano tiene á no verse inquietado en los medios pacíficos de su conservacion, de su felicidad.

El gobierno republicano supone ciencia en el pueblo legislador, por ser mas necesaria para gobernarse á sí mismo que para obedecer; supone mas virtud, porque el vicio impele á oprimir por medio de la discordia social